

KRÍTICAS

por Fernando Krieger

Las argollas

El interés de los chilenos por colaborar con el Gobierno en la tarea de la reconstrucción nacional ha sido espontáneo, grande, masivo. Desde el mismo día martes 11 se notó en las actitudes de las gentes un deseo de "hacer algo" para apoyar la tarea que emprendían las Fuerzas Armadas. Tal vez para muchos, fue una pena tremenda no poder salir en esas horas a aplaudir a los uniformados, a hacer una manifestación. En muchos rostros se notaba por ello un dejo de frustración. Algo así como si no pudieran participar en algo que les tocaba muy de cerca, con lo que se sentían comprometidos.

Era obvia la inconveniencia de salir a las calles o de hacer manifestaciones y así lo comprendió la ciudadanía que hubo de contentarse con exteriorizar su alegría o su euforia en forma privada en su cada con sus familiares más cercanos, abrazando tal vez a un hijo pequeño que no entendía nada, que no sabía que se estaba luchando arduamente por su futuro en esas horas de inquietud, de nerviosismo.

Pasaron algunos días, y el deseo de colaborar de la inmensa mayoría fue canalizándose primero en declaraciones, en adhesiones por escrito. Pero eso no bastaba. Eso podía caer en el juego ya muy conocido del "bla, bla". Había que hacer algo más concreto. De pronto surgió la idea. Había que "ponerse". Con dinero, con objetos de valor. Con lo que fuera. Los dos descalabros más notorios eran el moral y el económico. El primero comenzó a tener solución el mismo día 11, y la solución será paulatina, basada en la buena voluntad de los chilenos, en la limpieza que se haga. Lo segundo puede parecer menos importante, pero es vital. Si el proceso económico no se normaliza, tampoco se llegará a una normalización en lo moral. Para eso son las donaciones.

Y el país ha reaccionado bien. Muy bien. En las cajas que se han instalado para recoger estas donaciones hay "colas". Sí, "colas" como esas que hemos odiado tanto. Pero estas son "colas" hermosas, vibrantes de fe y de optimismo. Son "colas" hechas voluntariamente, y no impuestas, impulsadas ahora por el amor y no por el odio.

Y en esas "colas" hay gente modesta, muy modesta, que no tiene dinero que ofrecer a la patria, y que a veces lo único valioso que posee son sus argollas de matrimonio. Nunca quisieron desprenderse de ellas ni en los momentos de más apremiante necesidad. Si alguna vez fueron a dar a la Caja de Crédito, se luchó por rescatarlas pronto. Porque las argollas de matrimonio no son sólo una joya; son mucho más que eso. Y sin embargo, ahora se están entregando para colaborar en la reconstrucción nacional. Se las entrega por su valor en oro, y con el valor de todo el amor y el símbolo que comprenden. Entregarlas, es algo así como "casarse con Chile", y eso es hermoso.

Y un amigo personal ha solucionado el problema que tuvo durante treinta años de matrimonio. Siempre se le olvidaba, al retornar a casa, sacar su argolla del bolsillo "perro" del pantalón, y ponerla en su dedo. Grescas monumentales surgieron con su mujer a raíz de esta "mala memoria" de mi amigo. Mala memoria que siempre se presentó para ponerse la argolla, y nunca para sacársela en los momentos de salir de casa. Ahora ya está solucionado para siempre el problema. Mi amigo convenció a su mujer de que era un hermoso gesto este de donar las argollas, y ambos partieron la otra mañana a entregarlas al Banco Central. Tenemos así que la Junta Militar de Gobierno está hasta solucionando problemillas matrimoniales.